



Friedrich Wilhelm Nietzsche
(1844-1900).

ESTA REFLEXIÓN SOBRE LA LECTURA auténtica de los filósofos fue publicada originalmente por su autor en la entrega 16 de la revista *Mito* (octubre-noviembre de 1957), bajo el título de “La cultura en 1957: otra vez Nietzsche”. Se trataba de un comentario generado por la aparición de una nueva edición de las *Obras Completas* del filósofo debida a Karl Schlechta (Munich, 1954-1957), después de un esfuerzo erudito empeñado para purificar las ediciones falsificadas y confusas previas, realizado directamente sobre los manuscritos originales conservados en el Archivo Nietzsche. La ocasión fue aprovechada por el filósofo recientemente fallecido (Sogamoso, 05.05.1928–Bonn, 27.05.2005) para indicarle a las nuevas generaciones el modo y el orden de lectura de los difíciles textos del pensador que durante la década de 1950 habían dado pie a la expresión de imposturas intelectuales entre algunos lectores de los países hispanoamericanos, las cuales oscilaron entre una recepción pseudo-romántica de unos bohemios provocadores y la acomodación de los comentaristas católicos. Esta reedición, dirigida a los jóvenes estudiantes y al público ilustrado, rescata unas indicaciones útiles para la relectura auténtica de uno de los grandes pensadores alemanes del siglo XIX.

1

El culto a Nietzsche, que desató en los países hispanoamericanos una histórica bohemia pseudo-romántica y que en Alemania fue administrada por la ambiciosa hermana Elizabeth de Förster y el sumiso Peter Gast, estuvo fundado en un presunto libro, *La voluntad de poder*, que Nietzsche no llegó a publicar y que por su carácter de comprimido esoterismo, en prosa llena de abruptos enunciados, puntos suspensivos, aforismos inconclusos, impenetrables, y alusiones, sirvió para fomentar la leyenda y para convertir el Archivo Nietzsche de Weimar, en centro de peregrinaciones, al que también acudieron Hitler y Mussolini, y los fabricantes de prosa y “*Weltanschauungen*” nacional-socialistas.

El mismo culto y el mismo libro dieron ocasión al stalinista Gyorgy Lukács de calificar a Nietzsche de precursor de la estética fascista, en ese proceso de “destrucción de la razón” que para él abarca toda la filosofía alemana desde Schelling hasta nuestros días;

y a Rohan D’Obutler de hacerlo responsable de las incineraciones antisemitas; y a muchos otros de calificarlo y culparlo de “Anticristo”, denominación que le hicieron particular con Hitler y, ya como complemento de tanta maldad, lo diagnosticaron sifilítico.

El mismo culto, en fin, sirvió para que los que ejercían la presunta profesión de la filosofía con graciosas metáforas y supuesto rigor intelectual adquirido en la Alemania de los años 20 y 30, comprometieran a Nietzsche en la empresa de un sospechoso “vitalismo” y “biologismo” que, con el tiempo y las modas fue destinándose y combinándose con la razón. (El cretino que especula entre nosotros con la ‘razón vital católica’, ignora, sin duda, estas complicaciones).

Los discípulos del dominante y patriarcal Stefan George, que no cayeron en semejantes vulgaridades, convirtieron la obra en mito, e hicieron de Nietzsche,



lo mismo que de Klopstock, Jean Paul, Goethe y Schiller, una soñada imagen de su “conductor”, por suerte sin el homoerótico culto de Maximin.

De toda esta tormenta quedan en nuestros países la mutilada traducción de la editorial Aguilar, las inútiles condenaciones y las vestiduras rasgadas de los hombres píos. Quedan, igualmente, las “refutaciones” del “biologismo” y la leyenda de la “sífilis” del inmoral Nietzsche. Este Nietzsche parece haber sido aniquilado por la ira santa de sus inquisidores, y si a pesar de ello sigue inquietando el interés de todos, cabe preguntar: ¿Es éste el verdadero Nietzsche y si no, en dónde está y cuál es? ¿En el expresionismo alemán, en las diversas formas de un heroico nihilismo y en las graves discusiones metafísicas del presente? ¿O son sus huellas pura ilusión o un evidente y pecaminoso error de quienes llevan su sello?

2

La supervivencia del verdadero Nietzsche no estaba presente en los clamores con que surgieron culto, culpabilidad, mito y condenación; estos procesos inquisitoriales se hubieran repetido en otro autor que con la misma agudeza hubiera anunciado la época que se avecina. El verdadero Nietzsche se ha mantenido con más constancia en la literatura y en la poesía de nuestros días, y este hecho hace dudar de aquellos que se acercan a Nietzsche con el propósito del fiscal o con el fervor del iniciado o con la armadura conceptual de los dogmatismos simplificadores o, en fin, con un anecdotario ad hoc (sólo para mayores, con el propósito de descalificarlo) que condena la filosofía de un enfermo porque el enfermo padecía una “enfermedad fea” (lo cual, según la historia clínica del Hospital de Basilea, hecha por su director Binswanger, no es cierto). Estos últimos caen en el extremo de reducir la verdad de un pensamiento a la buena salud y a la buena marcha del organismo del filósofo, idea tan cercana al materialismo vulgar del siglo XIX

que la sola enunciación teórica del criterio haría rebelar a quienes, sin embargo, descalifican y refutan la filosofía de un enfermo porque éste es enfermo.

¿Quién es, entonces, Nietzsche?

El patético anunciador de Zarathustra, del superhombre, de la bestia rubia; o un rostro encubierto por un lenguaje que no es como el nuestro aunque se sirve de los mismos medios que el nuestro; ¿es decir, de un nuevo lenguaje que se hace inteligible a medida que se hacen visibles a nuestros ojos las cosas que nombra? ¿Es Nietzsche un profeta, o un vidente, o, más bien, una incógnita?

Nietzsche mismo escribió en su *Zarathustra*: “Y tus animales bien saben quién eres y en quién debes convertirte: tú eres el Maestro del eterno retorno, -ese es tu destino”. Y en el mismo libro *Zarathustra*, al comienzo de su camino, está escrito: “Yo os enseño el superhombre”. Nietzsche es, pues, el maestro del eterno retorno y del superhombre; y cómo prepara esta enseñanza, lo dice en *Humano, demasiado humano*, el libro que prepara *Zarathustra*, liberado ya Nietzsche de su entusiasmo wagneriano: a partir de una crítica de la metafísica (toda metafísica positiva es un error, escribió), que deja la impresión de un simple materialismo, en el que opera con conceptos como “función del cerebro”, “sentimiento”, etcétera, y en el que se encuentra una interpretación del sueño, por ejemplo (Lógica del sueño, en el primer libro), completamente fisiológica. Citas semejantes podrían multiplicarse y agregar nueva confusión a la respuesta.

Pero la pregunta sigue en pie, y justamente las sibilinas páginas de *Zarathustra*, puestas en su contexto, al lado de los primeros trabajos de la obra central, más que inducir a la conclusión de que las contradicciones que llenan miles de páginas son la confusa expresión de un confuso pensamiento, obligan a preguntar: ¿Quién es Nietzsche o, más precisamente, qué nombra este lenguaje? ¿Qué significa en el lenguaje de Nietzsche “eterno retorno”, superhombre,

psicología, qué función tienen dentro de este sistema expresivo los términos fisiológicos, el sueño, la causalidad, etcétera? ¿Y es todo esto filosofía sólo en virtud de la pretensión de Nietzsche de “superar la metafísica” y de “transmitir los valores”? Ni siquiera la forma de sus escritos es filosófica, y la solución que se da a esta objeción “Un sistema en aforismos” (Löwith), no dice que el sistema –no en el sentido tradicional de la palabra– yace en el lenguaje, anterior a los aforismos y a toda otra forma de expresión o exposición filosófica. Es evidente que este sistema tiene la misma fuerza y la misma coherencia que el de Hegel o el de Schelling; una fuerza y una coherencia anterior a la forma expresiva escogida por cada uno de ellos y que sólo por la naturaleza misma de su lenguaje y del pensamiento, de lo que el lenguaje quiere expresar, adquirió la forma sistemática que sus expositores le dieron. Y lo mismo que con Hegel y Schelling todo esfuerzo encaminado al diálogo con ellos sigue pensando sobre el lenguaje de Hegel y de Schelling; con mayor razón, quizá, ha de comenzar a pensarse sobre el lenguaje de Nietzsche, que ni siquiera parcialmente ha sido puesto en claro, como se ha hecho ya con el de Hegel y Schelling, por ejemplo.

3

La respuesta a la pregunta: ¿quién es Nietzsche? puede darla quien lea a Nietzsche como él mismo lo deseaba, con lectura de filólogo. No sólo porque toda lectura de un texto es, primeramente, lectura de un texto y requiere el manejo de los elementos con que ha de “descifrarse” lo escrito (filología y hermenéutica), es decir, un trabajo manual, sino sobre todo porque la filología es, en el sentido originario que le dieron sus fundadores modernos en el siglo XIX, *philia* del *logos*, amor a la palabra, esfuerzo por la palabra, y “la tarea propia de la filología parece ser el conocimiento de lo producido por el espíritu humano o sea, de lo conocido”. Con el ejercicio de esta filología –a la que dicho sea de



Se sabe que el Nietzsche tradicional fue en parte falsificado, por el culto, la mala interpretación y por la arbitraria técnica editorial de su hermana Elizabeth Förster-Nietzsche y su ayudante en el saqueo Peter Gast. Para leer a Nietzsche como él lo deseaba, con lectura de filólogo, es preciso, pues, disponer de los textos auténticos.

paso se acerca cada vez más la meramente manual que dejó como herencia viciosa el positivismo– se pone en claro el lenguaje de Nietzsche, se descubre el sistema expresivo y así el pensamiento filosófico del “filólogo Nietzsche” (Borges).

Hay varios precedentes bibliográficos que, combinando una y otra filologías, procediendo pausada y cuidadosamente, buscando en Nietzsche lo que puede haber de él o situándolo en un horizonte apropiado, además de su presencia mediata en la literatura de espíritus afines, sirven de ayuda en la tarea de responder a la pregunta: ¿quién es Nietzsche? El insuperable libro de Lou-Andreas Salomé, el de Charles Audler, y los libros de Heidegger en que trata a Nietzsche, por citar los más importantes. La interpretación de Nietzsche como metafísico (Heidegger) pone en el centro de la discu-



Lou-Andreas
Salomé

sión filosófica del presente su pensamiento; pero no solo eso. La presencia de la huella de Nietzsche en la literatura contemporánea hace necesario que se sepa cuál es ese pensamiento y cuál es el origen de un lenguaje que el mundo está hablando –o evitando– sin plena conciencia de ello.

La renovación de la pregunta no es, empero, simplemente una urgencia filosófica. Se sabe que el Nietzsche tradicional fue en parte falsificado, por el culto, la mala interpretación y por la arbitraria técnica editorial de su hermana y de Peter Gast. Para leer a Nietzsche como él lo deseaba, con lectura de filólogo, es preciso, pues, disponer de los textos auténticos.

Esos textos los ofrece la reciente edición de Karl Schlechta (München, 1954-1957), quien después de varios años de trabajo en el Archivo Nietzsche ha logrado fijarlos con pureza y determinar las falsificaciones y las confusiones del epistolario y de los papeles póstumos, hechas en propio interés por la frenética hermana Elizabeth Förster-Nietzsche y su ayudante en el saqueo, Peter Gast. Los tres tomos de la nueva edición están divididos así: el I y el II recogen las obras publicadas por Nietzsche durante su vida. El III recoge los escritos de juventud (entre otros, la filosofía en la época trágica de

los griegos, “Homero y la filología clásica”, “Nosotros los filólogos”, “Sobre el futuro de las instituciones culturales alemanas”, etcétera), los papeles póstumos y un epistolario selecto con aparato crítico. A estos tomos seguirá el Registro o Índice, que reemplazará el de Ochler de la Biblioteca Corner, limitado y hecho especialmente para la edición de Baeumler y que, por tanto presta un reducido servicio en el trabajo con otras ediciones (la de Musarion y la Ed. Crítica, por ejemplo), más seguras que las de Corner.

4

Los aforismos que la hermana editó bajo el título de *La voluntad de poder* aparecen (en el tomo III) con el título “De los papeles póstumos de un octogenario”, reducidos en número y limitados a su verdadero valor: notas y apuntes que Nietzsche tomó a lo largo de su vida y a medida que iba preparando sus libros. Muchas notas habían sido ya utilizadas en libros publicados por Nietzsche, y otras formaban parte de un libro –no del libro fundamental en el que habría de sistematizar y continuar su pensamiento– con el título *La voluntad de poder, Trasmutación de todos los valores*. Nietzsche escogió tal título “por su brevedad” y tuvo dudas de mantenerlo. *La Voluntad de poder* no es, pues, el libro que bajo un título resume toda una obra, ni es el título representativo de toda su obra, sino que éste pertenecería, según lo aclara el subtítulo, a ese círculo de escritos que se ocuparon con la cuestión de la transmutación de los valores, después del *Zarathustra*. Schlechta puede asegurar que ninguno de los pensamientos recogidos en este plan, “Papeles póstumos de un octogenario”, expresan algo nuevo que no estuviera contenido ya en los escritos publicados por Nietzsche mismo durante su vida. Con esta afirmación se deshace el nimbo de un presunto libro que por su carácter de “testamento” y de última voluntad, así como por el título, dio pie a la creación de un mito, de un culto y de una leyenda.

Que la existencia de un libro-testamento, escrito en tono críptico, inconcluso, no fue el único apoyo del mito, es evidente. Un libro rodeado de veneración no crea de por sí una leyenda ni un culto si no hay un apóstol que lo administre. Este apóstol fue la hermana de Nietzsche quien, mientras éste vivió, trató de aislarlo de sus amigos y de las mujeres a quienes él amó, con medios propios de ama de casa. El epistolario está lleno de estos medios domésticos, y de los métodos dolosos y violentos de que ella se valía. Tras el suicidio de su marido en Paraguay, el maestro de escuela Bernhard Förster, antisemita, fundador de una colonia “Nueva Germania” en el país guaraní, volvió a Alemania con el fin de ganar nuevos adeptos para la fracasada empresa. En 1892, dos años después, regresa la hermana al Paraguay, y un año después, luego de haber liquidado sus bienes, vuelve definitivamente a Naumburg, en donde vive la madre con Nietzsche ya enfermo.

En 1894 funda la hermana el Archivo Nietzsche, con “velada musical”, “representación”, etcétera. En carta a Overbeck, el colega de Nietzsche en Basilea, comenta la madre: “Todo eso no está bien en una casa donde se encuentra un enfermo de tal gravedad”. (11 de octubre de 1894).

Poco tiempo después, la hermana expulsa a Peter Gast del Archivo. En 1891 había obstaculizado y evitado la publicación de la cuarta parte de *Zaratustra*. El Archivo se traslada a otra casa. En 1894 recibe Nietzsche los primeros honorarios de su editor, bastante cuantiosos, los que por disposición del enfermo estaban destinados a su curadora, la madre. La hermana obliga, por medios violentos, a la madre a traspasarle esta curaduría, y se hace cargo de todos los derechos editoriales. En 1896 traslada el Archivo Nietzsche a Weimar. La madre de Nietzsche muere un año después, y la hermana lleva a Nietzsche a Weimar, a la Villa Silberberck, que una amiga suiza había comprado para él.

En 1899 inició la hermana la terce-

La Voluntad de poder no es, el libro que bajo un título resume toda una obra, ni es el título representativo de toda su obra, sino que éste pertenecería a ese círculo de escritos que se ocuparon con la cuestión de la transmutación de los valores, después del *Zaratustra*.

ra edición de las obras completas de Nietzsche. A este propósito escribió Peter Gast a Overbeck: “Una controversia pública con la Sra. Dr. Förster sería interesante, si la oponente se dejara instruir. Pero todo hombre en torno a ella es un ángel o un demonio, oro o dragón. No perturbemos su fantasmagoría” (carta del 22 de marzo de 1899). Que Peter Gast se convirtió en “ángel y oro” de la “Frau Dr. Förster” en ese mismo año, lo comprueba el hecho de que en la edición citada puso sus servicios de paleógrafo y editor al servicio de la fantasmagoría histórica de la Sra. de Förster.

La administración del Archivo Nietzsche no fue el único medio de que se sirvió la hermana para crear el culto a Nietzsche y hacerlo responsable de las ambiciones políticas de su difunto marido, que luego coincidieron con las de Hitler. Dueña del Archivo –hasta 1935, año de su muerte– falsificó cartas, entre otras, muchas de las que contenían quejas de Nietzsche contra ella y otras en las que sin referirse a ella le sirvieron para hacerse pasar por única portadora del “mensaje” de su hermano, como aquella famosa en que hace decir a Nietzsche que “ella es la única persona en el mundo que lo comprende”.

Ante estos hechos, sería necesario revisar, por lo menos buena parte de la interpretación de Lukács que clasifica a Nietzsche como precursor del fascismo. Falsificación de cartas y edición maliciosa de libros puestas

En 1894 recibe Nietzsche los primeros honorarios de su editor, bastante cuantiosos, los que por disposición del enfermo estaban destinados a su curadora, la madre. La hermana obliga, por medios violentos, a la madre a traspasarle esta curaduría, y se hace cargo de todos los derechos editoriales.

por la hermana, servicio de tal ideología, son motivos que hacen pensar en la necesidad de un nuevo examen de la obra de Nietzsche. Que en ese examen no resultará Nietzsche, como han resuelto Goethe y Schiller, precursor del realismo socialista, es evidente. Pero liberar a Nietzsche de los compromisos con la ideología del Dr. Goebbels y de Hitler, y encontrar un campo menos agrio, eso sería lo mínimo que se puede pedir. La dialéctica simplificadora del stalinismo y los métodos hermenéuticos del leninismo pueden venir después. Lo mismo que esta revisión, sería necesario hacer las de otras tantas interpretaciones. Ellas han operado con un Nietzsche falsificado y que en verdad no existe.

5

En el epílogo (tomo III) insinúa Schlechta el orden de la lectura que facilita la comprensión de la obra de Nietzsche: *Humano, demasiado humano*, *La alegre ciencia*, *Así habló Zaratustra*, *Más allá del bien y del mal*, *Sobre la genealogía de la moral*, *El caso de Wagner*, *El crepúsculo de los ídolos*, *Nietzsche contra Wagner*, *Ecce homo*, *El anticristo*. Es un punto de vista, que se desprende de la tesis de Schlechta según la cual a partir del período medio, que se inicia con *Humano, demasiado humano*, es decir, después de la ruptura con el wagnerismo, se encuentra en pleno desarrollo el pensamiento de Nietzsche. El prólogo que escribió Nietzsche a su *El origen de la tragedia en el espíritu de la música*, en 1886, a pesar de que mira su libro como un “libro frágil”, dice: “debió ser una pregunta de primer orden y gran encanto, y además una pregunta muy personal” (*Obras*, I, p.9). Esa pregunta sigue planteándose en todas sus obras, y lo único que Nietzsche lamenta es no haberse atrevido a buscar un lenguaje propio. “Se entiende a qué tarea me atreví con este libro?... Cuánto lamento ahora que yo no tuve el ánimo (¿o la soberbia?) de permitirme para cada consideración de tan propias visiones y osadías un lenguaje propio...” (ib., p. 16). Parece pues que Nietzsche mismo recomienda la lectura cronológica

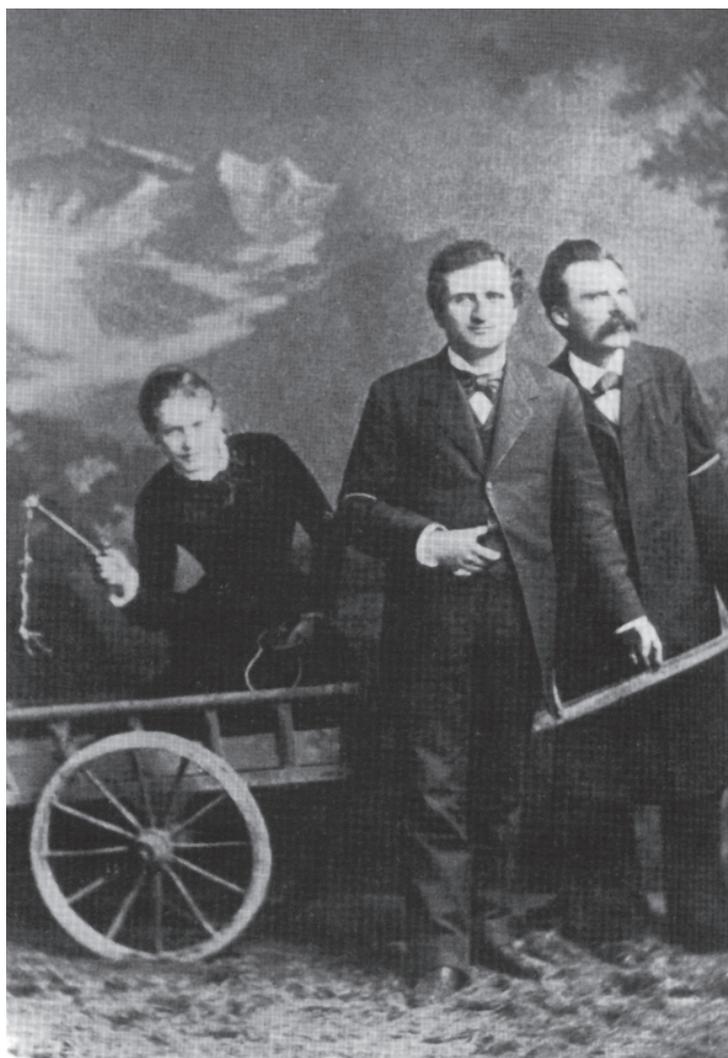
Goethe en Italia y Friedrich Schiller.



de sus obras: una pregunta de primer orden las domina desde el principio, y para conocer el lenguaje propio de sus visiones y osadías, ¿no será necesario acaso conocer esas visiones y osadías en el lenguaje de las primeras obras? Cómo distinguir el lenguaje propio del impropio o del ajeno (de Schopenhauer, de Kant, anota Nietzsche) sin conocer cómo se maneje este último?

El orden cronológico es más útil no porque al seguirlo se va siguiendo la “génesis” de un pensamiento –los que van en busca de la génesis se quedan siempre en ella, el pensamiento desaparece en las comprobaciones de las primacías, de los desarrollos, etc., sino por el movimiento interno de una totalidad, por las referencias que hace Nietzsche a las partes, por las correspondencias y los complementos y en fin porque los primeros trabajos (y no menos los filológicos) son el suelo sobre el que crece y contra el que crece su filosofía madura. Comenzar a leer a Nietzsche con *Humano, demasiado humano* es lo mismo que comenzar a Hegel con la *Lógica*, a Schelling con la *Filosofía de la revelación*, a Aristóteles con la *Física*: se coloca una obra central como punto de partida, pero se ignora aquello que ha convertido la obra en obra central.

Para los lectores habituados a la lectura de filosofía no es trabajo perdido. Para los que toman por filosofía las divagaciones ante la Marquesa de Santillana o esa prosa, tampoco es trabajo perdido: las exposiciones de segunda mano de la *Física* de Aristóteles las pueden convertir en precursoras de la “razón vital católica”, las de la *Fenomenología* de Hegel, en una teoría del deporte; la historia de la filosofía es para ellos el arsenal inútil de cosas pensadas. ¿Para qué ocuparse con filosofía? Pero los lectores de filosofía que comienzan a ejercitarse en la tarea, harían bien en aferrarse a la filología y comenzar cada autor por el principio. Es más difícil que hacer especulaciones cretinas, el resultado inmediato no está ligado a una cátedra en alguna Universidad, pero es



Lou-Andreas Salomé, Paul Rée y Nietzsche.

más serio y más honrado, y sobre todo, más elegante... ¿a quién le agrada concientemente hacer el papel de payaso, sin circo y sin espectadores?

La nueva edición de las obras de Nietzsche nos pone ante una tarea más: volver a pensar sobre él. Pensar sobre los clásicos de la filosofía es siempre más provechoso que discutir sobre el esquematismo y la simplicidad de los libros de divulgación. Y es el único modo de conseguir que la filosofía logre en nuestros países esa “normalidad filosófica” que tan apresuradamente se anunció entre nosotros hace ya más de una docena de años. Acabar con los prejuicios es igualmente un camino hacia ese fin. La Filología ha comenzado a seguirlo. A la Filosofía le corresponde llevarlo a su plenitud. ❖